

El 1 de diciembre de 1997, con la presencia del Sr. Decano de la Facultad de Historia y Letras, Esc. Juan Carlos Lucero Schmid, la Directora de la Escuela de Letras, Lic. Alicia Lidia Sisca y la Directora del Instituto de Investigaciones Literarias y Lingüísticas, Mag. Nora Andrade, se realizó la entrega de premios correspondientes al "II Concurso Literario para Alumnos de Nivel Medio", auspiciado por la Escuela de Letras de la USÁL.

El otro mundo

Primer premio narrativa

JUAN MARCOS LEOTTA.

Muchas veces en mi vida, en mi trabajo, he tenido la certidumbre de que todas las historias que podemos inventar existen ya, en algún cielo, bajo su forma platónica: el autor debe descubrirlas, un poco como el navegante descubre una nueva tierra, un continente. Es preciso determinar lo que conviene al argumento escogido: cuento o novela, primera o tercera persona, y, para el estilo, el humor o la gravedad, la simplicidad o la pedantería.

Adolfo Bioy Casares

Lustré con paciencia el revólver que descansa peligrosamente en el cajón de mi escritorio. Durante un instante de hielo, hundí el cañón entre mis labios y casi sucumbí a la tentación de apretar el gatillo y terminar con mi vida. Algo me detuvo. Quizás es la razón de escribir estas páginas. No quiero morir sin confesar todo. Y es mejor comenzar ahora. He intentado dormir inútilmente Los tres vasos de aguardiente que bebí no me han regalado el sueño. Algo carcome mis entra-

ñas y no me dará sosiego hasta vomitarlo. Ahora es de noche. Y la soledad es un abismo en mi pecho. Me siento triste y solo, infinitamente solo.

Cualquier rumor se agiganta en el silencio hermético de la noche. El deslizarse de la pluma sobre el papel es un crujido que hiere mis oídos. Necesito hablar con alguien. En vano intento engañarme: sé que el papel es un miserable papel y no responde. En realidad escribo porque espero que alguien lea esta desesperada historia. O quizás escribo para retardar el plan que ya he trazado y cumpliré inexorablemente. Esta broma de mal gusto que ha urdido Dios en mi contra comenzó hace pocas semanas. Era viernes. Salí del trabajo y caminé sin rumbo. Hacía frío y un viento helado sacudía las ramas de los árboles. Entré en el primer cine que encontré. Daban un policial de mala muerte. La película giraba en torno a un asesinato turbio, con pistas confusas e ininteligibles. Las escenas eran lentas, muy lentas. Yo estaba cansado. En la sala vacía se respiraba un vaho tibio. Alguien fumaba en las

primeras butacas y el humo se elevaba como una telaraña espectral y siniestra. Me acomodé en la butaca y poco a poco el tedio fue cerrando plomizamente mis ojos. Soñé que entraba en la película y usando máscaras y disfraces mataba a los detectives que trabajaban en el caso sin que cayera sobre mí la menor sospecha. Desperté cuando la película terminaba. Un hombre sentado en primera fila aplaudía con efusión. Bostecé y refregándome la cara salí del cine.

Mientras caminaba para volver a mi departamento pensé vagamente en el sueño. De pronto me di cuenta que me encontraba ante un argumento que podía transformarse en un cuento o, con generosa verbosidad, en una novela. De niño leía bastante pero nunca había escrito una sola línea. Ahora estaba sin nada que hacer y como había dormido en el cine no tenía sueño. Al llegar a casa tomé una botella de ginebra; una pluma, un par de hojas y empecé a escribir.

Las ideas surgían solas. Yo sim-





plemente las entreveía, las divisaba vagamente, hasta que comenzaban a aclararse. Cada tanto el reloj de la sala quebraba el silencio profundo de la noche. Entonces mis ojos fatigados y enrojecidos abandonaban la blancura del papel y descansaban en el color cristalino de la ginebra. Bebía un trago y seguía escribiendo. A veces me detenía y pensaba, pensaba largamente en lo que estaba haciendo. Buscaba el hilo de la narración que había perdido, lo buscaba en el más remoto rincón de mi mente y cuando lo encontraba; aliviado y feliz, seguía escribiendo y escribiendo.

Escribí a lo largo de toda la noche. En realidad había olvidado el estúpido sueño del cine y había dado rienda suelta a mi imaginación. Al concluir la historia con la pomposa palabra FIN, me dirigí a la ventana y vi que el sol comenzaba a asomarse tímidamente. Antes de salir de la biblioteca guardé las hojas escritas en uno de los cajones de mi escritorio; allí descansaron varios días. Un domingo de tedio y ocio hallé el manuscrito mientras buscaba unas viejas fotografías. Me hundí en su lectura y lo examiné con la dureza masoquista del propio escritor. Aunque siempre he leído libros sin preocuparme por analizarlos, detecté varios errores graves. La adjetivación era vaga e imprecisa; el estilo, ampuloso y soberbio, aunque ocultado bajo una prosa falaz que intentaba ser seca y rígida. Había

fallas en la arquitectura del relato. Esto último era justificable: había escrito el cuento en un arranque de inspiración, la botella de ginebra me había aturcido y garabateaba líneas con despreocupada fluidez; sin reparar en entretejer una trama estructuralmente sólida.

El cuento no llevaba título. Luego de pensar bastante tomé un lápiz y al comienzo de la primera página escribí "El viaje" con letra de imprenta.

—El viaje —dije en voz alta.

Sonaba bien, aunque no terminaba de convencerme. Finalmente sepulté las hojas en el cajón del escritorio y las condené al olvido (lamentablemente sólo por un tiempo). Por pudor no quería que nadie las leyera. Pocos días después una noticia del diario las trajo duramente a mi memoria. Era un martes a la mañana, muy temprano. Yo estaba en la cocina, con la estufa prendida, desayunando café y tostadas con miel. A mi lado tenía el diario. Lo leía desganadamente. De pronto escupí el trago de café caliente que me llevaba a la boca. Volví hacia atrás una hoja y leí con sorpresa: "Misteriosa desaparición del escritor Julio Oyarzábal". Leí la crónica rápidamente. Corrí hacia mi escritorio, busqué "El Viaje" y lo puse frente al diario. Los examiné con detención. El mismo nombre: Julio Oyarzábal. La misma profesión: escritor. Las mismas circunstancias: noche de semana, café con amigos, charla literaria. Mismo destino: desaparición.

Nadie leyó, creo haber dicho, las

páginas manuscritas de "El Viaje": los lectores suicidas escasean por estos tiempos. Adentrarse en ese caos nebuloso de palabras y oraciones es acaso temerario. Antes sentía vergüenza y timidez ante la idea de que otros leyeran lo que había escrito. Ahora ya no me importa. Es necesario que lo lean para comprender el por qué de mi desesperación.

Los dejo con el texto en cuestión:

El viaje

Julio Oyarzábal pasó la tarde trabajando en una novela que titularía *La ofensa fatal*. Durante horas la pluma permaneció atada a su mano sin garabatear ni una sola frase limpia. Solamente ensució una hoja con tachaduras y oraciones que nacían sin decisión y morían al cabo de unas pocas palabras. No se preocupaba: ya había escrito buena parte del libro y podría cumplir los plazos impuestos por los editores con sobrado tiempo. Julio Oyarzábal pensaba que ese libro sería un éxito.

Esta vez había querido novelar el mundo de la mafia y la traición. Alguien podría objetar que el tema había sido manoseado hasta el hartazgo. No obstante, Julio ya había reparado en ese detalle y por eso pensaba utilizar un enfoque más lírico del tema y no tan narrativo. Sería un *retrato* (a Julio le gustaba esa palabra) de la mafia. No por ello el argumento de la novela se volvería lánguido o ausente. Sólo a partir de un buen argumento, pensaba Julio, pueden *pintarse*

fielmente las caras de la mafia. *La ofensa fatal*, el título que triunfó entre muchos otros, se desarrollaba en ambientes rojos, secos, herméticos, cargados de una tensión eléctrica y bañados de sangre.

A la noche, Julio se reunió con otros amigos escritores en el sótano de un café de Buenos Aires. Siempre se sumaba a esas tertulias literarias algún escritor europeo que estaba de paso por la Argentina. Esta vez concurrió un ensayista de Florencia llamado Lucio Rainieri, gran amigo de Julio.

Rainieri hablaba sobre la tensión política que vivía Europa en ese momento. Todos lo escuchaban con cierta indiferencia. Rainieri contó que estaba preparando un ensayo sobre el tema que seguramente estaría listo para abril.

—¿Y en qué andás vos, Julito? —preguntó Rainieri en perfecto español, ni bien terminó de hablar de su ensayo.

—Estoy escribiendo un nuevo libro. Se va a llamar *La ofensa fatal*.

Todos los sentados a la mesa, amantes de la literatura y poco cercanos a las cuestiones políticas, lo miraron interesados. Sabían que Julio poseía una pasión por las letras que a veces llegaba a extremos alocados. Podía pasar días enteros maquinando historias, buscando la metáfora única, imaginando personajes. Julio se entusiasmó.

—Trata de un jefe de la incipiente mafia rusa llamado Rájkmaniv. Es un hombre muy duro. Una mirada suya basta para

arrasar con el coraje de cualquier hombre. Es petiso, pero su estatura avara no mitiga su presencia devastadora —parecía que Julio estuviera escribiendo.— Y la cara, la cara es especial... Tardé mucho en dar con la descripción. Su cara es pálida, como desangrada, y tiene varias cicatrices. Encontré una comparación que me dejó bastante conforme: "su cara, como una luna agrietada".

Julio dejó la frase flotando en el aire durante un instante y luego siguió hablando:

—Y este ruso mafioso, Rájkmaniv, tiene una mujer llamada Mirnha. Y el conflicto gira entorno de una infidelidad de Mirnha, lo que en el mundo de la mafia es una *ofensa fatal*. La mujer es un símbolo de poder, y lo lógico hubiera sido que Mirnha engañara a Rájkmaniv con otro mafioso y entonces se produjera una sangrienta guerra entre ambas bandas. Pero preferí que Mirnha se encamara con un tipo cualquiera, un pobre gato. Cuando Rájkmaniv se entere de todo tendrán que refugiarse en la clandestinidad. Y ahí

comienza una cacería voraz por encontrarlos. Pero más allá del argumento quiero incluir extensas descripciones de los hombres de la mafia. Me he dado

cuenta que se puede escribir mucho sobre el tema.

Todos los presentes miraban con atención. Cuando Julio terminó de hablar hicieron comentarios y apreciaciones. Alguien pidió otra ronda de whiskies. Siguieron hablando por largo rato. De pronto Julio se levantó. Dio el último sorbo a su vaso, se despidió de todos y salió del café. Caminó hasta su casa. Se sentía mareado. Las piernas le pesaban y le costaba caminar. Llegó a su casa. Abrió la puerta y tiró el saco en un sillón. Puso un disco de jazz mientras se aflojaba la corbata. A pesar del cansancio sintió un deseo incontenible de escribir. Tomó un cuaderno con tapas de cuero y una inscripción en letras doradas y comenzó a escribir.

No podía dar con un personaje. Necesitaba a un hombre débil e indefenso con quien Mirnha se encamara. Y en esa búsqueda desesperada del personaje ideal dio con quien menos esperaba: él mismo. En verdad él era una triste y cómica caricatura, un oscuro autorcito sin nada más que sus libros y fracesitas literarias.





Retraído, tímido, débil. Parecía modelado a la medida del personaje buscado. Entusiasmado, Julio escribió por largo rato. Al llegar el momento del primer encuentro entre Mirnha y el nuevo personaje su pluma enmudeció. Intentó seguir trabajando pero fue inútil. El relato se obstinaba en estancarse. Era como si Julio ya no pudiera digerir mentalmente esa masa lejana de hechos y personajes que a medida que escribía tomaban forma entendible en este mundo. Había trabajado mucho y se sentía mareado. Cerró el cuaderno y se acostó. En vano intentó descansar. Las ideas, los personajes y los rostros pululaban infernalmente en su cabeza. Lo abrazaba una sed de fuego. Quiso levantarse a buscar agua. El cuerpo ya no le respondía. Poco a poco se fue alejando de la vigilia y adentrando en algo parecido a un sueño.

Afuera, los últimos noctámbulos vagaban por las calles como gatos nocturnos, mientras la luna perdía, lentamente, su blanca majestad.

Ajeno a la realidad de su cuarto, la mente de Julio Oyarzábal era una vorágine, una confusión caótica de luces y palabras, voces y colores, músicas y silencios, hombres y tierras. Todo se unía en una masa heterogénea que lo envolvía, lo ahogaba, lo penetraba y se expandía dentro de él. Ya estando inconsciente, escalofríos de hielo sacudían ese cuerpo que comenzaba a ausentarse. Temblaba y gemía como un pájaro

herido. De pronto se sintió feliz, sin prisa y sin miedo, como flotando a la deriva en un río de miel y oxígeno. Respiró un aroma suave y tierno, un aroma celeste, un aroma a bebé, a leche tibia, a pan horneado. Abrió los ojos y se encontró en un lugar extraño.

Su memoria (no su mente) se había extraviado. No recordaba quién era. Intentó razonar lo sucedido. Todas las soluciones resultaron ser juicios de un filósofo de cuarta. Se levantó y comenzó a caminar.

Desorientado, curioso como el bebé que descubre un mundo nuevo, miró a su alrededor. Todo le resultaba desconocido. Sin salir de su asombro recorrió valles, surcó desiertos, cruzó montañas. Visitó otras épocas y otras tierras. Viajó y caminó incansablemente. Se entregó al conocimiento de extraños grupos de duendes y androides cibernéticos. Conoció la espada de Hatchark, los secretos de alcoba de la corte francesa, las miserias de la maldición de Zën. Presenció guerras entre imperios, declaraciones de amor en balcones de piedra y ritos satánicos. En la bohemia de París conoció los desvaríos de Horacio y los otros del club. Hacia 1348, abandonó Florencia junto a algunos hombres y mujeres que huían de una peste mortal. Por curiosidad decidió seguirlos. El tedio de los días los llevó a improvisar un conversado juego. Al promediar el décimo día, harto de escucharlos, los abandonó. Sufrió ante la crueldad del padre de la princesa Dorian y las lágrimas de su amor

acallado. Luego se largó a navegar y por azar llegó a una isla incierta donde lo desgastó el hambre, la sed y el desvelo. Pasó sus días cuidándose del acecho constante de las mareas. Al divisar gente, en un principio pensó en pedir ayuda; luego comprendió que ese error podría haber sido fatal. Por casualidad alcanzó a vislumbrar los planes macabros de Morel y su atroz invención no lo devoró. Vio cómo un hombre lograba escapar. Volvió a la costa. Pasó días y noches de insomnio obligado, hasta que por fin abandonó la isla. El viento arrastró su frágil barcaza por mares violetas hasta llevarla a una tierra inclemente en donde sólo se mantenía en pie un árbol solitario. Allí conoció a dos mendigos harapientos que le obsequiaron lo último que tenían: su esperanza. Contagiado por ellos, se embarcó en una espera sin objeto, sin fin y sin tiempo. Con gran dolor luego comprendió que Godot jamás llegaría. No muy lejos, en una pulpería, oyó el canto de un gaucho matrero y traidor que se jactaba de su bravura. La guitarra de un negro, con sed de venganza, le dio pelea a ese gaucho que decía haber sobrevivido a la frontera y a los indios. El negro venció al gaucho. La sangre, agazapada en sus venas, tiñó el campo abierto. Al caer la tarde comenzó a caminar con el propósito de cruzar la tierra de las cortes de volados y pelucas blancas. Hacia el alba llegó a una ciudad en la que se alzaban muros y cúpulas pintorescas. Con las primeras luces del cielo pálido de la

mañana, los comerciantes (su número era infinito) hormigueaban por las calles polvorientas. Las mujeres ocultaban los rostros detrás de telas blancas y negras. Abatido por la travesía, durmió a la sombra de un muro y tuvo una pesadilla tremebunda. Irrumpió en su sueño una voz dulce y lejana que felizmente lo despertó. Abrió los ojos y la penumbra que lo envolvía lo atemorizó por completo. Se incorporó y vio que detrás del muro donde estaba había un gran palacio. En su frente, una ventana inalcanzable permanecía abierta y con la luz todavía encendida. Desde allí llegaba la voz que lo había despertado. Era una voz de mujer. Narraba una historia. Noche a noche esa voz, una voz hermosa y cautivante que refería hazañas de héroes y princesas, lo arrancaba del sueño. Cierta día volvió a reanudar la marcha. Caminó por mucho tiempo junto a hombres que peregrinaban hacia Canterbury y relataban historias. En una sucia pensión de Moscú se vio a sí mismo haciendo febrilmente el amor con una mujer hermosa. En los médanos de Singapur conoció a un hombre terroso que vestía una chaqueta negra. Su nombre era Melquíades y junto a un grupo de gitanos caminaba a lo largo y a lo ancho de la tierra. En otro lugar de ese mundo, tres hombres pendían de un cruz. El del medio, herido y yaciente, murmuraba unas palabras. Julio estaba bastante lejos. Las palabras se perdían en el viento. Decidió marcharse. En un pueblo

llamado Macondo vio tres ríos que corrían sobre unas piedras negras y ovaladas que llamaron poderosamente su atención. Una sed metálica le quemaba la garganta. Vagó por el pueblo buscando agua. Se encontró con un viejo decrepito que le pareció conocido. Tenía la certeza de haberlo visto en otro lado. Los habitantes de Macondo trabajaban con una laboriosidad que Julio jamás había visto. También presenció la maldad de los tiranos y la valentía de un hombre que robaba a los ricos y regalaba tesoros a los humildes. Luego volvió a ver a los hombres y mujeres que huían de Florencia y contaban historias. En otro lugar del mundo volvió a ver al gaucho bravo y montaraz. Tuvo la íntima sensación de que ya había vivido esos momentos. Así, durante mucho tiempo (quizás siglos, quizás años), se entregó fascinado a la contemplación de esa confusión de hechos, lugares y tiempos. Creo haber dicho que su memoria se había extraviado durante esa alocada aventura. En realidad su memoria se encontraba adormecida. Con laboriosidad a tesonería, Julio fue recobrándola a la vigilia. Cierta día, sentado a la sombra de un pino azul, mientras inten-

taba recordar su nombre, el milagro se produjo. Los recuerdos comenzaron a emerger como si surgieran de un géiser imparable. Cuando todo terminó Julio se sintió extenuado y feliz.

Anteriormente, pensar sobre todo lo sucedido muchas veces lo deprimía. Analizar y comprender la realidad que lo rodeaba fue una tarea titánica. A partir de ese momento, con perplejidad y desesperación, fue entendiendo todo. Tuvo la suficiente lucidez para comprender que su mente había traspasado ciertas fronteras e ingresado en otra realidad. Su cuerpo (por razones que nunca comprendió) también fue arrancado del mundo terrenal.

Asoció imágenes, nombres y lugares y llegó a la conclusión de que parte de la realidad que lo rodeaba le resultaba conocida. El mundo en el que se encontraba ahora era un teatro loco en el que se representaban todas las historias que habían sido escritas o quizás estaban por escribirse. Julio había alcanzado a leer algunas de ellas (en realidad una parte irrisoria). Toda historia, llevada al papel o no, yacía a la de-



riva en ese mundo de ideas. Ahora resta agregar algo más acerca de ese lugar. Allí no existía el tiempo. Las horas no eran horas. El decurso había sido violado, fragmentado y reordenado en un orden que parecía no tener lógica. Las épocas y los lugares se confundían, se mezclaban y se fundían. Con el paso del tiempo (es un decir) su observación precisa le fue revelando aspectos curiosos. Los hechos se desarrollaban y repetían según un orden cíclico. Las historias que el hombre puede escribir —concluyó Julio— no son infinitas. Julio presenció la repetición de algunas historias. Los personajes repetían las mismas acciones y los mismos gestos y las mismas palabras con lapidaria precisión. Recordó lo que había leído y se dio cuenta que las historias escritas, comparadas con aquellas que veía, eran distintas (algunas

irreconocibles). Comprendió que los escritores tomaban de ese mundo la idea de historia y luego le daban forma a la vez que la deformaban. Julio pensaba y comenzaba a caer en la desesperación. Su capacidad de comprensión se veía sobrepasada. Luego supo que muchas historias se superponían en tiempo y espacio. El mundo tenía diferentes dimensiones. Cada ciclo que había presenciado era un eslabón de otro ciclo mayor que a su vez... No pudo más. Julio rompió a llorar. Y nunca se detuvo...

FIN

Ese es, amigos míos, el final de «El Viaje». Bastará que lean las crónicas de los diarios sobre la misteriosa desaparición de un tal Julio Oyarzábal para que comiencen a cambiar la mirada inverosímil con que han leído

estas páginas.

Julio Oyarzábal existió verdaderamente. Y con tristeza y asco de mí mismo he comprendido que su vida no fue sino un pretexto para que alguien como yo encuentre un relato en otra dimensión cósmica y, siempre precisamente, lo traiga a este mundo y lo eternice en el papel.

Todo esto es una gran carga para mí. No puedo vivir con este temblor que sacude mis vísceras y enfría mis venas. Tal vez mi muerte termine de confirmar la gravedad de todo el asunto. Lleven esta historia a los diarios. Que el mundo sepa la verdad. Para ese entonces yo estaré durmiendo, recostado en una almohada de sangre, con mi revólver lustrado en la mano y mi rostro dibujando la trágica y cómica expresión del último instante.

